



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9798

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 3 DE JULIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en Madrid, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLZAGA N. 1

(Paseo de Recoletos.)



Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo... Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.907.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas Vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

HUERTAS Y JARDINES

Sean sencillos en horramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetonos en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillones, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42

EL ESPEJO MÁGICO.

En el Norte, á las orillas del Niemen, ha llegado una criolla de quince años, blanca y rosada como una flor de almendro.

Viene del país de los colibríes, y es el viento del amor quien la trae. Los de su isla le decían: «No te vayas; hace mucho frío en el Continente; el invierno te hará morir.» Más la niña no conoce el frío sino por los sorbetes; además está enamorada, y el amor se ríe de la muerte.

Y héla aquí que desembarca animosa entre las nieblas rozagantes del Niemen, con abanicos, hamaca, mosquitero y una jaula de alambre dorado, llena de microscópicos y adorables pajarillos de su tierra.

Quando nuestro viejo padre el Norte ha visto venir esta flor de las islas que, como una sonrisa, le manda en un rayo de luz el Mediodía, ha sentido estremecerse su pecho con una emoción de ternura, y como pensaba, y pensaba bien, que el frío no tendría para un bocado con la chiquilla y sus colibríes, ha avivado su grueso sol amarillo y se ha vestido de verano para recibirlos.

La criolla se ha engañado: ha tomado este momentáneo calor del Norte, brutal y pesado, por un calor de duración; este perenne y triste verdor negro, por el fresco verde de primavera, y suspendiendo su hamaca en el fondo del parque entre dos álamos, se ha pasado el día columpiando dulcemente en ella su sensual indolencia.

—¡Pues si hace mucho calor en el Norte!...—dice riendo.

No obstante, algo le inquieta.

—¿Por qué en este extraño país no tienen las casas verandahs?

¿Por qué estos anchos y formidables muros, estas gruesas cortinas, estos espesos barnices?

Las grandes chimeneas de mármol y los haces de leña gigantescos que se apilan en los desvanes: las pieles de zorra azul y los capotes dobles, los abrigos que, alcanforados, duermen en el fondo de los armarios.

¿Para qué?

¿De qué podrán servir tales cosas?....

—Pobre niña, bien pronto has de saberlo.

Una mañana, al vestirse, la chiquilla se siente escalofriada.

El sol ha desaparecido, y del cielo negro caen vellones de una peluche blanca como la de los cocoteros....

¡Esto es el invierno!

El viento silba estridente por la calle y zumba enfadado y regañón en la chimenea.

Sentada junto al fuego, hecha un ovillo, como uno de esos pajarillos friolencos, pasa el rato en mirar la lengüente llama, y en fabricarse el sol con sus memorias.

Vuelve á ver en las visiones luminosas del ensueño todo su ardiente país. Mentones de azúcar rutilante; granos de maíz como pepitas de oro; y después las siestas en la fresca habitación de cortinas claras, las noches estrelladas y puras, las moscas de colores flameantes, y los millones de alillas-mosquitos se-

mi-invisibles que bullen, al caer de la tarde, entre las mallas de tul del mosquitero y las flores pomposas de la ventana....

Y en tanto el frío crece y el cielo se cubre de una sombra que parece eterna.

Todas las mañanas hay que arrojar de la jaula un colibrí muerto; al cabo de pocos días no quedaban ya más que dos; un par de montoncitos de plumas verdes; que se erizan al sentir el frío hábito de la muerte.

Entre batistas como nieve, orilladas con alharaquenta espumosa de gláciles encajes, la linda americana languidece. Flor de estufa, no resiste las rudas manos del hielo.

Lo que más pena le causa es no alcanzar á ver desde la cama el fuego de la chimenea: es como si por segunda vez perdiera la patria.

Una tarde que, pensativa y pálida, los ojos siempre vueltos hacia esta hermosa llama invisible, sedesespera, su amante se le acerca, toma uno de los espejos que hay sobre el lecho....

—Tú quieres ver el fuego, pobre niña... Pues bien, espera.

Arrodillándose frente á la chimenea, prueba á enviarle con el espejo la deseada visión de lumbre animadora.

Y recordando la criolla en pleno rostro una ráfaga de luz que la envuelve....

—¡Oh, ya la veo!—exclama.

Y muere gozosa, con dos llamitas relucientes en el fondo de los ojos.

Alfonso Daudet.

TIJERETAZOS

Aún hablan algunos periódicos de las trincheras que hacen los morcs del Riff frente á Melilla.

Vamos, colegas, dejémoslos de fabu-

las que esas no las han hecho buenas más que Samaniego y algunos otros.

En Melilla no hay trincheras ni cosa que lo valga.

Y el que quiera contencerse no tiene más que dar un paséto en aquella dirección.

El «Recorder», periódico americano, que dijo el otro día que la condesa de París era aficionada á los toros y los picaba, dice que también es torero el rey de Portugal.

Hombre, el ser americano no da derecho á decir vaciedades.

¡Buena está la información del «Recorder»!

Si todo lo que escribo es como eso estarán muy enterados sus lectores de lo que ocurre en Europa.

Dicen de Melilla que Muley-Araaf ha hecho al comandante del «Venadito» calurosas protestas de amistad.

Debe ser cierto.

Por que si aquí no se puede resistir o calor, allí debe ser insuportable.

La dinamita que se va á recoger en las inmediaciones de Vigo y que está depositada una barbaridad de años va á ser arrojada al mar.

¡Vaya una ganga para los peces si hubiese entre ellos anarquistas.

Dice un colega que en lo que va de año han fallecido cinco anarquistas. Siendo inmortales no se comprende tal mortalidad.

Dice un periódico haciendo el relato de una tormenta que descargó en Illescas días pasados.

«Las descargas fueron terribles. Una chispa dejó muertas instantáneamente en el campo á un par de mulas de labranza, y medio asfixiados á los infelices campesinos que se dedicaban á las tareas propias de la estación.»

O la chispa eléctrica era muy grande ó en el término de Illescas trabaja poca gente.

O sobra ese los.

Probablemente será esto último.

NOTAS

Cada vez que se tiene noticia de que

140 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

purísimo, inefable, como el que siente un hijo por una madre.

Al reconocerle la sultana Aixa recobró su expresión natural, sonrióse imperceptiblemente, y con amargura asió con sus dos manos la cabeza de Muza y le besó en la frente.

—¡Qué quiere mi hermoso y valiente hijo! exclamó la sultana levantándole de sus pies y sentándole al par suyo en el diván.

—Poderosa señora, contestó Muza, haz que nuestras palabras no puedan ser oídas, porque en lo que tengo que decirte va tal vez la honra de tu linaje.

Aixa despertó á su esclava favorita, alejó del vestíbulo al negro, y cerró por sí misma las dobles puertas de su retrete.

Luego, indolente, acompasada, majestuosa se detuvo delante de Muza, y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—¡La honra de mi linaje, emir! ¿Acaso le queda alguna? ¿Sustenta ya la Alhambra el trono pujante de mis abuelos? ¿ó por ventura son rechazados los cristianos de nuestras lejanas fronteras, dejando en ella sus pasos marcados con sangre? ¿Crees tú que yo, la reina Aixa, nieta, prima, esposa y madre de rey, he envejecido por los años, por las enfermedades ó por los placeres? No, Muza, no; en mi frente se pliegan arrugas, mis mejillas están marchitas y

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 141

mis labios se han descolorido por los pesares y el abandono.

—Pero aun eres, noble señora, contestó Muza, la envidia de las hermosas y gentiles damas de Granada; aun tus ojos guardan relámpagos de pasión sultana.

—No, contestó sonriendo tristemente Aixa; no te digo esto porque yo deploro la pérdida de mi juventud y de mi lozanía; es porque mis arrugas son hijas de los terribles pensamientos que abrasan mi frente; es porque he pensado que mi vejez será triste y afanosa, más que lo ha sido mi desgraciada juventud; es porque creo que mis ojos se cerrarán á la luz lejana de Granada, en un país bárbaro, donde acabará sola, desesperada, sin un amigo que me consuele, sin un hijo que reciba en un beso de mi boca mi suspiro de muerte.

Muza movió la cabeza procurando sonreírse.

—¿Lo dudas? continuó Aixa. ¡Oh, yo no! Yo tengo siempre ante mí el Africa de donde vinieron nuestros abuelos, con sus arenas abrasadas, con sus vientos mortíferos y sus tribus salvajes, yo veo abierta en ella mi tumba y la de mi hijo el Zogobi (1); porque un signo fatal rige nuestro destino, emir,

(1) El desdichadillo.

144 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

fomentan los bandos y cada día hay un nuevo motin; cada día se tifan las calles y las plazas con sangre musulmana; y mira, añadió Aixa asiendo un mano de Muza y bajando la voz con misterio; ¡anoche tuve una visión funesta, terrible!

El emir palideció, fascinado por un terror supersticioso, ante la sombría y penetrante mirada de la sultana.

—Si, continuó Aixa; paseaba yo en mis jardines; empezaba la noche y la luna brillaba sobre la corriente de las aguas; estaba sola; no se percibía otro ruido que el murmullo de las fuentes y el rumor de las hojas; ruido soñoliento que entristeció mi espíritu, que enlanguideció mi cuerpo, que me hizo sentar sobre el césped y cerró mis ojos. Luego cubrió mi inteligencia un manto de tinieblas, despues vi un desierto opaco, sin luz ni sombra, sin cielo ni horizontes.

Un joven leon, fuerte y valiente, pasaba al través del desierto; yo emaba aquel león de brillante guejeja, de mirada noble, de continente magestuoso, porque veía en él el símbolo régio de la lealtad y de la bravura.

El leon penetró en una oscura selva, y le vi unirse á siete viejos leopardos negros de miradas feroces y con las cabelleras marchadas de sangre; y el leon